

peración, clavó la Princesa sus extraviados ojos en Efestión.

—Mira—dijo éste aproximándose á su esposa y mostrándole el sangriento despojo; —mira, Hermione, la recompensa que das á los que pretenden servirte con fidelidad; —y al pronunciar estas palabras, arrojó la lívida cabeza á los pies de Teane, que cayó al suelo desmayada, dando un prolongado grito.

—¡Bárbaro!—exclamó Hermione en el paroxismo del furor más violento. —¡Execrable verdugo! aún no lo sabes todo: esa carta no te ha revelado más que una parte muy pequeña de lo que pasa en mi alma. Yo te aborrezco, Efestión; te odio, y para que sea doblado tu tormento, sabe que amo, que adoro al Rey Alejandro, aunque nada le digo en este escrito. Mátame ahora—prosiguió la Princesa con terrible vehemencia; —mátame, Efestión, porque te juro que trabajaré incesantemente para perderte mientras tenga vida.

Calló la joven: su esposo, mudo y helado, fijó en ella sus ojos secos y dilatados; pero poco á poco fué encendiendo su semblante, y el trastorno de sus facciones patentizó bien pronto la borrasca que hervía en su alma.

—¡Já!... ¡já!... ¡já!... ¿Con que amas al Rey, Hermione?—exclamó soltando una amarga carcajada.—¿Y cómo paga el tu amor? ¿Acaso con la ciega idolatría con que yo te he adorado?

Interrumpióse al decir esto y sus labios temblaron convulsivos, en tanto que sus rasgados ojos despedían relámpagos de furor.

—¿No sabes—gritó después con ronca voz, acercándose impetuosamente á la joven y asiéndola de un brazo,—no sabes que va á casarse con la Princesa de Persia? ¿Ignoras que dilata mi castigo, que es lo que más anhela en el mundo, para no pensar más que en su bella Estatira? ¿Y te se oculta, Hermione, que yo le odio hasta el extremo de intentar darle la muerte por mi propia mano?

—¡La muerte!—exclamó la Princesa con un alarido de dolor,—¡la muerte!... Entonces, Efestión, una misma losa nos cubrirá á entrambos.

—Calla—le interrumpió el Príncipe;—calla, insensata: dentro de tres días habrá cortado la vida de Alejandro el filo de mi puñal, y tú serás la esposa de Efestión III, Rey de Persia y Macedonia.

IV

EL PUÑAL DE ESTRATON

Dos días han transcurrido desde que tuvo lugar la última entrevista de los dos esposos; el Príncipe de los ismenios se prepara á partir en cuanto raye la aurora para el campo macedo-

nio, á fin de llegar de incógnito al cerrar la noche: pocas personas van en su compañía; pero le sigue de cerca un formidable ejército.

Señor de Maracanda, y teniendo á su devoción las dilatadas costas de la Bactriana, va á dirigirse, con ánimo sereno y á favor de un disfraz, á dar el golpe mortal en el corazón de su Rey y señor, el magnánimo Alejandro, en la noche misma de sus regias bodas.

Efestión odiaba al Monarca porque ambicionaba su corona; pero le aborrecía mucho más desde que sabía que le había robado el corazón de Hermione.

Así, pues, muerto Alejandro, se hacia proclamar Rey inmediatamente; se deshacía de un poderoso, aunque inocente rival, y recogía de una vez el fruto de todos los crímenes de su vida.

Tendióse en el lecho, y bien pronto el sueño cerró sus fatigados ojos.

Dejémosle dormir, y vamos en busca de Hermione, cuya triste suerte es harto digna de compasión.

Sentada la joven, tenía las manos cruzadas sobre las rodillas; su semblante, hermoso hasta el grado más sublime, estaba pálido como el mármol; sus grandes ojos azules, serenos como el cielo de un día de estío, estaban ahora fijos é inmóviles, y sus largos cabellos negros, suel-

tos, la envolvían como un manto de seda, y bajaban á ensortijarse en sus diminutos pies. Una túnica de lana fina y blanca, á la manera de las de las sacerdotisas druidas, y un manto de púrpura de Tiro, sujeto en el hombro con un broche de pedrería, componían su traje, que llevaba deseñado y en el mayor desorden.

La pobre Teane, sentada á sus pies, lloraba amargamente, sin que interrumpiese el sepulcral silencio que renaba en la estancia otro rumor que el que producían los sollozos de la anciana.

De repente levantó la Princesa la frente, y sacudió la cabeza con un fiero movimiento de arrogancia.

—Basta de llorar, madre mía—dijo dirigiéndose á Teane;—muera el asesino de mi padre: él me inspira desde el cielo, donde mora en compañía de los dioses. ¡Oh, padre mio! ¡Oh, hermanos! ¡Voy á vengaros para dar paz á vuestras sombras irritadas!

Calló la Princesa sin atreverse á formular el pensamiento que dominaba á todos los demás en su alma; el amor tenía no pequeña parte en su resolución; pero Hermione no quería confesarse á sí misma lo que juzgaba una innoble flaqueza.

En su alma fuerte existía el germen de todas las virtudes, y la desgraciada Princesa hubiera sido una mujer sin igual si hubiera nacido

en nuestro siglo y bajo el cielo de nuestra hermosa España.

Levantóse Hermione, imitándola Teane, que abrió en seguida la puerta.

Eran las once de la noche; la nodriza encendió una linterna sorda, y salió para llamar al capitán de guardias de la Princesa, que entró un momento después seguido de aquélla.

—¿Está la carroza prevenida, Estraton?—preguntó la joven.

—Sí, señora,—contestó este.

—¿Y mi guardia?

—Os espera.

—Seguidme, pues—dijo Hermione;—pero no me obliguéis á dar el golpe fatal,—añadió con temblorosa voz.

Nada respondieron sus taciturnos compañeros, y siguieron caminando por las largas galerías que conducían al aposento del Príncipe.

Al pasar por la antecámara, encontraron dormida á toda la guardia, menos á Nearco, su capitán, que se paseaba junto á la puerta que daba paso á la estancia de Efestión; la débil luz de una tea, colocada en un pebetero de oro, iluminaba el semblante del joven guerrero al pasar por delante de ella, volviendo á dejarle en la sombra cuando se alejaba con mesurado paso.

Solamente el acompasado ruido de su armadura turbaba el silencio que reinaba en aquel aposento.

Al divisar Nearco á la joven Princesa, descubrió su cabeza y se adelantó á recibirla con el yelmo en la mano; mas Estraton se abalanzó sobre él, y cubriéndole la cabeza con una capa, le hundió su puñal en la garganta (1).

El capitán cayó sin lanzar un gemido, y en su rostro juvenil apareció la inmovilidad de la muerte.

—¡Adelante, señora!—dijo Estraton;—tened valor.

—¿No pudiérais ir solo?—dijo Hermione, más pálida que el cadáver que yacía tendido á sus pies, y pasando una mano por su frente bañada de helado sudor.

—Imposible—respondió Estraton:—si vos no me acompañáis, yo también me retiro.

—Y mañana—murmuró Teane,—mañana morirá sin remedio el Rey á manos de Efestión.

Entonces brillaron los ojos de la Princesa con una ráfaga de delirio, y abrió la puerta que la separaba del aposento de su esposo, que dormía tranquilamente.

Estraton echó sobre la cabeza del Príncipe la capa fatal, y envainó tres veces en su pecho el puñal rojo aún de la sangre de Nearco.

Un grito, sofocado por los anchos pliegues del manto de púrpura, llegó á los oídos de la nueva Judith; después nada se oyó... Se agitó

(1) Histórico.

el sudario, y siguió el silencio de la muerte.

Teane sacó un largo y afilado cuchillo; cortó la cabeza de Efestion, y la guardó envuelta en la horrible capa, en tanto que Estraton se acercaba á Hermione, que retrocedió espantada.

—¡He vengado á vue-stra familia, señora!— dijo el capitán de guardias con amarga sonrisa.

—¡Y has salvado á la vez la vida y la corona de Alejandro!—contestó la Princesa tendiendo sus manos al asesino. ¡Gracias, Estraton!.....

Pocos momentos después, subian Hermione, Teane y Estraton á la carroza de la Princesa escoltados por una numerosa guardia.

Estraton poseía toda la confianza del Príncipe de los ismenios, é hizo creer á todos muy fácilmente que, por orden de éste, sacaba del campo á Hermione.

V

JUSTICIA DE ALEJANDRO EL GRANDE

Al finar aquel día, es decir, á la misma hora en que debía penetrar Efestión, según sus designios, en el campo de los macedonios, llegó á él la Princesa; los arqueros del Rey divisaron la crecida escolta que acompañaba la carroza, é inmediatamente dieron la voz de *alerta*.

Todas las tropas se formaron delante de las tiendas.

Apeóse la Princesa, habiéndole tenido el estribo el Príncipe de Epiro, joven el más apuesto y arrogante de todos los que componian la corte de Alejandro el Grande.

El campamento presentaba un espectáculo de que no podemos tener idea en nuestros días: la anchurosa llanura, en la cual se habían construido las tiendas, se veía iluminada por el resplandor de mil hogueras que habían encendido los soldados en señal de regocijo; brillaba la luna en el firmamento, derramando sus plateados rayos, que iban á quebrarse en las lucientes armaduras de los guerreros.

Aquellas dos luces hacían un magnífico y sorprendente contraste, y sus fulgores luchaban en brillantez, venciendo, no obstante, á los rojizos resplandores de las hogueras, los puros y argentinos rayos de la antorcha celeste.

Veíase en primer termino una larga fila de tiendas, tan profusamente alumbradas en su interior, que parecía que un radiante sol les prestaba sus fulgores; sus cortinas eran de tisú de plata recamadas de pedrería: en todas ellas tremolaban los estandartes de Persia y Macedonia, columpiados por el suave viento de la noche, y en su parte más elevada se ostentaban, formados con flores, los nombres de Alejandro y Estatira.

La primera de aquellas tiendas estaba ocupada por la familia real; las demás por los Príncipes confederados de toda el Asia, que habían acudido á la gran solemnidad que se celebraba con motivo de las regias bodas.

Los pajes, escuderos y soldados tenían un poco más retiradas sus tiendas; pero su número era tan grande, que hubiera sido una locura el intentar contarlas.

La infeliz Hermione sintió que su corazón se destrozaba al contemplar aquel hermoso cuadro. Palideció de pronto, y sus labios temblaron convulsivamente; pero haciendo un violento esfuerzo, presentó sonriendo su mano al joven Demetrio que la esperaba.

—Conducidme á la tienda del Rey, Príncipe, —dijo con dulce voz al caballero. Y pasó con semblante sereno, é inclinando la cabeza para saludar, por delante de las filas de soldados, que doblaban ante ella sus picas y ballestas.

La carroza quedó rodeada de la guardia de la Princesa, á la cual siguió Estraton con Teane hasta el umbral de la tienda de Alejandro: allí se detuvieron con los Príncipes y cortesanos que iban en pos de la joven.

Hermione se quedó inmóvil y como petrificada al levantar dos heraldos las amplias cortinas de la tienda real.

Recostado el Monarca en una otomana, tenía á su lado á su joven esposa. Cerca de ellos se

veía á la anciana Reina de Persia, Sisigambes, madre del Rey Darío, en cuyas rodillas estaba sentada la niña Aspasia, hermana de la desposada.

La regia abuela contemplaba á sus nietas con entrañable amor, y de vez en cuando acercaba sus labios á los dorados y perfumados bucles de la niña que tenía en su regazo. Aquella venerable anciana era el único apoyo que el cielo había dejado á las huérfanas de Darío.

Todos los historiadores convienen unánimes en elogiar la maravillosa belleza, aunque de género diferente, de las Princesas de Persia.

La esposa de Alejandro contaba entonces diez y siete años, y su talla elevada era esbelta y débil como las jóvenes palmeras de su nación; tenía los ojos extremadamente grandes, negros y brillantes como el azabache bruñido, pero melancólicos y pensativos; la dirección natural de su mirada era de frente; pero notábase en ella una ligera inflexión hacia el cielo, como si mirase más allá de este mundo: por eso, sin duda, sus larguísimas y ensortijadas pestañas se unían casi á sus arqueadas cejas, de suave y delicado dibujo. En aquellos hermosos ojos se encerraba una historia entera de amor y tristeza (1).

(1) Sabida es la entrañable pasión que la joven Estira alimentaba por el Príncipe de Escitia, y bien notoria

Jamás habían crecido sus cabellos más que hasta el extremo del cuello que se une á la espalda, y á la que las criollas de las Antillas—únicas mujeres que poseen estas cabelleras cortas y espesas—llaman collar de Venus; pero allí se ensortijaban en gruesos y lustrosos anillos de un negro azulado, como el plumaje que viste las alas del cuervo. Tal vez, inspirados los macedonios por la sublime hermosura de aquella cabeza de querubín, apellidaron á su joven Soberana *el ángel triste*.

El resto de sus facciones era de una belleza tal, que al ver á Estatira se experimentaba un vago sentimiento de melancolía, y parecía imposible que aquella divina criatura pudiese vivir en el mundo (1).

Cuéntase que, al formar Praxiteles la célebre estatua de la Princesa, que se conserva en Atenas como una maravilla de arte y hermosura, tachó de demasiado débiles y delicadas las formas del modelo, y que, notándolo ella, le dijo con dulce y triste sonrisa: *El pan del cautiverio, amigo mío, me ha hecho crecer; pero no ha podido nutrirme*. Y á la verdad que no le falta-

es también que sólo consintió en ser Reina de Macedonia por evitar á su anciana abuela y á su joven hermana el cautiverio de Alejandro.

(1) La Reina de Macedonia vivió, no obstante, largos años, y su existencia, tan frágil al parecer, fué combatida por terribles dolores.

ba razón, porque sus manos eran delgadas hasta la transparencia; delgada también su garganta, como la de una niña, y en su seno, blanco como el lirio de los valles, se dibujaban con claridad sus azuladas venas.

La Princesa Aspasia contaba dos años menos, y era pequeña, rubia, rosada y gruesa, como una de esas jóvenes que ha reproducido el pincel de Boucher; sus ojos azules eran dulces y alegres; la blancura de azucena de su frente, sienes y garganta, hacía un precioso contraste con el sonrosado de sus mejillas; sus cabellos, de un rubio dorado y brillante, bajaban en sedosos y largos bucles hasta tocar su cintura, y su sonrisa era encantadora y admirable la perfección de todas sus formas.

Tenía puesta una túnica blanca, y su manto era azul, lo mismo que la banda que ceñía su cabeza.

La esposa de Alejandro llevaba un traje de brocado de oro, aunque con dificultad podía asegurarse por la profusión de pedrería de que estaba cubierto: formaban el dibujo de la tela los rubíes, topacios y amatistas, y el ramaje las más ricas y brillantes esmeraldas; su rizada y negra cabellera estaba sujeta con un ancho cintillo de diamantes, y llevaba semi-cubiertos los hombros con el manto real.

En cuanto al Rey de Macedonia, su belleza era de ese género que no se puede olvidar ja-

más cuando se ha visto una vez. Tenía su tez ese moreno de ámbar, que ejerce una seducción tan poderosa cuando es realzado por unos grandes ojos negros de azulado globo, por una boca de subido carmin, sombreada por un negro bigote, y por una abundante cabellera de color castaño. No era alto, aunque su estatura pasaba algo de los límites regulares, y sus formas, esbeltas y nerviosas, eran perfectas como las del joven Apolo. Estaba armado enteramente; llevaba, como Estatira, el manto real, bajando sus largos pliegues hasta besar el pavimento, y ceñía sus sienes la doble corona de Macedonia y de Persia, cuyos imperios estaban simbolizados en florones de oro y pedrería.

La Princesa, inmóvil en el umbral, miraba atónita al interior de la tienda. Asemajábase á un pobre pájaro fascinado por los ojos de un halcón. Detrás de ella esperaban Teane y Estraton á que penetrase para seguirla.

Al aparecer la joven, el Rey y la Reina se pusieron de pie: habían oído batir marcha y conocido que la persona que se acercaba era de elevada jerarquía, adquiriendo esta certeza al ver el majestuoso continente de la recién llegada.

Aspasia bajó de las rodillas de su abuela, la cual se incorporó con trabajo en la pila de cojines en que estaba recostada. Hermione no avanzó un paso, sin embargo: muda, helada,

seguía embebida contemplando al Rey y á las Princesas. La presencia de Alejandro la sumergía en un éxtasis delicioso; pero la vista de su esposa, tan bella y adorable, desgarraba su corazón.

Alejandro recordó al fin haber visto otra vez á aquella hermosa y melancólica joven, y al cabo de breves instantes de reflexión se presentó vivamente á su memoria la hija de Crádates arrodillada á sus pies, como la había contemplado un año antes.

—Los dioses os den paz, Princesa—dijo adelantándose para recibirla.— Bien venida seáis.

Aquella voz vibrante y sonora sacó á Hermione de su doloroso letargo; pero sus rodillas se doblaron y cayó de hinojos á los pies del Rey: diríase que una fatalidad implacable obligaba á la infeliz á doblar siempre la frente á las plantas del hombre á quien tanto amaba.

—Alzad, Princesa—dijo Alejandro, tomando en sus torneadas y nerviosas manos las yertas de Hermione.—Alzad, os lo ruego,—añadió con seductor acento.

Mas como viese que la joven no abandonaba su postura,

—¿Queréis algo?—prosiguió.—¿En qué puedo servirlos?

De súbito se nubló su frente, y sus cejas se contrajeron con un movimiento nervioso.

—¿Y vuestro padre?—preguntó después vi-

vamente y dirigiéndose á la Princesa:—¿qué es de él y de vuestros hermanos?

—¡Han muerto, señor!—contestó Hermione con voz baja y temblorosa.

—¡Han... muerto!...—repitió Alejandro, cuyo corazón, sensible como el de una mujer, saltó en su pecho con violento latido.—¡Han muertos... ¿quién los ha muerto, Hermione?

—¡Este traidor!...—exclamó Teane abriéndose paso entre la multitud que obstruía la puerta; y mostrando en la mano la ensangrentada cabeza que sacó de la capa en donde la llevara envuelta, se precipitó también á los pies del Rey.

—¡Sí!—prosiguió la vengativa anciana:—Efestión es el verdugo de Crádates, de sus hijos y del mío. Efestión—repitió enjugando con fiereza las lágrimas que aquel doloroso recuerdo le arrancara;—Efestión, que iba á ser también vuestro asesino, porque quería ceñir á su frente vuestra corona; pero su esposa ¡oh, gran Rey! os ha salvado y me ha vengado, vengándose á la vez á sí misma.

—¡Su esposa!—gritó Alejandro con un acento que estremeció á todos; y cubriéndose el rostro con las manos, huyó al extremo más lejano de la estancia.

Hubo un largo silencio interrumpido únicamente por los sollozos de la Princesa, que inclinaba la frente hasta el suelo. ¡Ay, desventura-

da: aquel grito le decía bien claro que habían muerto todas sus esperanzas!

Alzó por fin el Monarca la frente, cubierta de livida palidez, y sus ojos brillaron con un fulgor sombrío.

Nadie ha puesto en duda la rígida virtud de Alejandro, porque dió de ella tan evidentes y poderosas pruebas, que la envidia ó la calumnia han sido siempre impotentes para herir su glorioso renombre; á la fama de sus hechos de armas iba unida la de sus rasgos de generosidad y de su severa justicia; perdonó en todas ocasiones sus propias ofensas, por graves que fuesen; pero se manifestó inflexible para castigar delitos y hasta leves faltas si argüían crueldad de corazón ó bajeza de sentimientos.

Efestión era reo de los más odiosos crímenes: traidor y asesino de Dario, traidor á Alejandro y asesino de Crádates y de su hijo, merecía mil muertes; mas todo se borró de la memoria del Rey: al oír que había muerto por la mano de su esposa, no pensó siquiera en que debía su corona y su vida á aquel crimen, no: vió el crimen sólo con todo su horror y en toda su desnudez, y para él, Efestión era la víctima. Hermione era el verdugo.

—¿Con que esta mujer—dijo lentamente,—ha asesinado al hombre á quien unió su destino? ¿Quién te mandó castigar las ofensas que me había hecho, mónstruo de iniquidad? ¿Por qué

exceso de maldad has querido manchar tus manos con la sangre de tu esposo? ¡Oh, Crádate! —prosiguió alzando su vista al cielo:— ¡no me es dado castigar tu muerte! ¡No puedo vengar las vuestras, Casandro, Tolomeo!... ¡Esta furia, á la cual llamásteis hija y hermana, me ha robado con su horrible crimen el derecho de hacer justicia!

—¡Yo no he sido quien le mató!... No... ¡no he sido yo!... —gritó Hermione en el vértigo del dolor más agudo y retorciendo sus manos.

El Rey lanzó á la infeliz joven una mirada que ahogó su voz y aniquiló sus fuerzas.

—Quítad de mi presencia á esa mujer—dijo dirigiéndose á su guardia,—y que jamás vuelva á aparecer ante mis ojos.

—¡Bárbaro!...—gritó la Princesa, en cuya mirada azul y brillante radiaba una ráfaga de delirio.— ¡Hombre cruel, ya que me arrojas de tu presencia para siempre, oye al menos el secreto que hace tanto tiempo destroza con su peso mi corazón. ¡Yo te amo!... Y esta fatal pasión no la han podido apagar la ausencia ni el dolor. ¡Ay! ¿Y tú piensas que la que ha sabido conocerte y amarte haya sido capaz de elavar un puñal en el pecho de su marido? No me opuse á ello, porque sabia que iba á robarte la corona y la vida, y quise salvarte una y otra; pero mis manos no se han teñido de sangre, é ignoraba que traían á tu vista este sangriento

despojo. ¡Mirame, Alejandro!—prosiguió la pobre joven arrastrándose de rodillas por el duro pavimento.— ¡Mirame, y verás mi frente marchita por el dolor! ¡Mirame, y encontrarás mis ojos secos y abrasados á fuerza de llorar!... ¡Ya no tengo padre ni hermanos!... ¡No tengo á nadie que se compadezca de mí!... ¡Ten tú al menos piedad, por lo que más ames!

Calló la Princesa, quebrantada por aquel horrible dolor; dobló la cabeza sobre el pecho, y una espantosa convulsión recorrió todo su cuerpo.

Sus ojos no derramaban una lágrima siquiera: fijos é inmóviles, parecían los de una sonámbula ó los de una muerta. La Reina había dejado su asiento y acercádose á ella poco á poco: cuando la vió próxima á desfallecer, dobló una rodilla en tierra y apoyó piadosamente en su regazo la cabeza de la infeliz Hermione, que cerró los ojos exalando un doloroso y profundo gemido.

—¡Llevaos de aquí á esa mujer!—repitió Alejandro, sin volverse á mirar á la joven que yacía inanimada.

—¡Piedad, señor!—exclamaron á la vez la Reina y su hermana, juntando las manos con suplicante ademán y con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Piedad, hijo mio!—repitió la anciana Sigambes con alterada voz.

—¡Arqueros!—gritó Alejandro, en cuya bella y majestuosa fisonomía se pintó una terrible expresión, capaz de intimidar á los hombres más valientes, —¡preparad las armas para dar muerte á la culpable!

Los soldados, obedientes, montaron los arcos; pero los detuvo un terrible grito de la Reina.

—¡Soldados!—dijo cubriendo á Hermione con su cuerpo;—mi pecho es el escudo de esta joven: si os atreviéis, pues, asestad esos dardos á vuestra Reina (1).

Desapareció súbitamente la expresión de furor que trastornaba el semblante del Rey, y quedó más pálido que la piel de cisne que guarnecía su manto real; adelantóse rápidamente y puso una mano sobre la cabeza de su esposa, como si de ese modo quisiera protegerla del peligro que la amenazaba. Al mismo tiempo hizo una imperiosa señal á los soldados, que permanecieron inmóviles con las flechas en los arcos.

—Llevaos á esta joven, Demetrio—dijo Estatira en voz baja al Príncipe de Epiro,—y ponedla en salvo de la ira del Rey.

Con un rápido movimiento cogió el joven á

(1) La angélica bondad de la Reina Estatira y su piedad por todo el que sufría, le atraieron terribles desgracias, y los beneficios que dispensó esta Princesa fueron siempre recompensados con la ingratitud de los que los recibieron.

Hermione y la sacó de la tienda, dejándola en los brazos de su nodriza como si fuera un niño dormido.

—Alejaos sin perder tiempo de las trincheras de los macedonios,—dijo el Príncipe á Estraton, en tanto que clavaba en el hermoso semblante de Hermione una mirada ardiente y melancólica. Después exclamó:

—¡Pluguiese á los dioses, desventurada Hermione, que jamás te hubiera conocido, ó que al menos me fuese dado el consuelo de morir junto á ti!

La infortunada Princesa quedó yerta é inmóvil sobre la húmeda campiña. Teane se sentó á su lado llorando amargamente, mientras Estraton, que se había subido á una pequeña eminencia, parecía escuchar con ansiedad.

—¡Vienen!...—gritó percibiendo el galope de muchos caballos, —¡nos persiguen!... Teane, ¡huid con la Princesa!

Pero antes de espirar en sus labios estas palabras, se precipitaron los soldados del Rey en la llanura.

—¡El culpable es ese hombre!—exclamó Teane rodeando con sus brazos á la Princesa y señalando á Estraton:—¡matadle!... ¡El es el asesino!

La anciana, al ver amenazada de muerte á su querida hija, se olvidó de todo y sólo pensó en salvarla.

—No temas nada, buena vieja—dijo el que parecía mandar á los demás:—sólo venimos á buscar á ese hombre; el Rey no quiere nada con las hembras.

—¡Me buscáis á mí!...—exclamó el capitán elevando al cielo sus negros ojos con una indefinible expresión;—voy á seguiros—añadió,—pero dejadme antes dar el último adiós á la Prince-a.

Arrodillóse Estraton y pegó sus labios á la helada mano de la joven; mas irguiéndose de pronto, y con un rápido movimiento, apoyó en tierra la empuñadura de su espada, y se atravesó el pecho de parte á parte, bañando el suelo con su sangre y dando el postrer aliento en un hondo gemido.

Los arqueros se encogieron de hombros, como satisfechos de ahorrarse el trabajo de conducir al capitán, y volvieron grupas, tomando otra vez al trote el camino que conducía á sus trincheras.

Hermione continuaba tendida en la yerba, pálida é inanimada: únicamente velaban á aquel letargo mortal una anciana que sollozaba y un cadáver tendido á sus pies.

La luna alumbraba, apacible y plateada, aquel cuadro desolador.

VI

EL CAMPAMENTO

Pocos días después de los acontecimientos que acabamos de referir, y el mismo en que se dió á orillas del Ganges la batalla que derrotó al ejército sublevado por Efestión, sometiendo de nuevo al poder de Alejandro á Maracanda y Edesa, presentaban las llanuras de Babilonia un espectáculo hermoso é imponente á la vez.

Humeaban á un tiempo cien altares, dispuestos para los sacrificios con que el ejército vencedor daba gracias á sus dioses.

Cien inocentes y blancos corderillos fueron inmolados, y sus entrañas se observaron prolijamente por los sacrificadores, sin que encontrasen en ellas otra cosa que indicios de ventura.

Aquellos altares iluminados con teas, bañados por el sol; los sacerdotes con sus blancas vestiduras talaras; el incienso que se elevaba en nubes hacia el azulado firmamento; los cien guerreros prosternados, en cuyas armaduras de brillante acero reflejaba su luz la antorcha de los cielos; el sonido de los atabales é instrumentos bélicos, todo, en fin, contribuía á formar un cuadro magnífico y deslumbrador.